

ESTÉTICA Y TEORÍA MARXISTA

JOSÉ MARÍA DE QUINTO

Nunca como en estos últimos años han avanzado tanto los estudios de estética marxista. Como consecuencia de la “desestalinización” iniciada a raíz del XX Congreso del PCUS, superados o en trance de superarse totalmente los deplorables efectos del dogmatismo que empobrecieron el pensamiento clásico original, han ido apareciendo toda una serie de relevantes trabajos que han colocado a la doctrina filosófica marxista a la cabeza de la actual investigación estética. Tales trabajos han salido al paso, no sólo de las posiciones dogmáticas que tratan de interpretar las relaciones entre arte y sociedad desde posiciones mecanicistas, ideologistas o sociologistas vulgares, sino también de las viejas teorías idealistas e irracionalistas incapaces de explicar adecuadamente a estas alturas la significación y alcance de la actividad artística en general.

Vueltos a los orígenes, los nuevos estetistas se han encarado desde los supuestos del materialismo dialéctico y dentro de posturas tan comprensivas como abiertas con los complejos fenómenos del arte contemporáneo. Previamente han reivindicado para el marxismo su indeclinable carácter de filosofía total y científica, en oposición a las torcidas y malintencionadas corrientes que todavía intentan caracterizarle como doctrina exclusivamente económica en un intento último de minimizar su importancia. Y han restablecido además, ligado a ese carácter integrador y científico, la idea profunda de un nuevo, real y más efectivo humanismo. A los nombres de Lukács, quizá el iniciador de este movimiento, de Gramsci, Fischer, Goldman, Della Volpe y Garaudy, por no citar sino los primeros que se nos vienen a la mente, hay que añadir ahora, lo que no deja de llenarnos de satisfacción y contento, el de un español: Adolfo Sánchez Vázquez.

Con su libro *Las ideas estéticas de Marx*,¹ Adolfo Sánchez Vázquez viene a romper con el retrógrado “tabú” de las timoratas y pudibundas relaciones de los intelectuales españoles con el marxismo. Se hace curioso observar, en efecto, el desconocimiento y despreocupación que la cultura española en general muestra por los problemas que plantea el pensamiento filosófico más vivo y actuante de lo que va del siglo. Tal menosprecio e inhibición alcanzan por igual a pensadores que a historiadores de la filosofía, a escritores que a artistas. No se han producido, de su parte, tomas de posición, apologéticas o críticas, de importancia. Casi todos han venido hurtando el bulto desde antiguo, ignorando deliberadamente o apenas concediendo atención a tal pensamiento que ha sido capaz, sin embargo, de partir irreconciliablemente en dos el mundo, transformándolo radicalmente. Muchas han sido las causas —y están en la mente de todos— que han provocado tal situación. Pero no es éste el momento de tratar de ellas, sino simplemente de constatar un hecho: en esa especie de desierto sólo poblado de avestruces que esconden la cabeza bajo el ala, irrumpe ahora, y justo es celebrarlo, Adolfo Sánchez Vázquez.

Adolfo Sánchez Vázquez, un nombre tal vez desconocido para la mayoría de los pocos españoles atentos a estos menesteres, es un resultado de la diáspora, un componente de esa cultura española que, sin renunciar a sus raíces, anda desperdigada por el mundo. Perteneciente a la generación nacida a las letras en plena Guerra civil ha madurado en el exilio, si con los inconvenientes que ello conlleva, también con las consiguientes ventajas. De éstas, pues aquéllos son obvios, las que le han permitido alcanzar una objetividad y altura de miras verdaderamente envidiables, en razón de las condiciones de libertad dentro de las que ha podido desarrollar su trabajo. Adolfo Sánchez Vázquez es doctor en Filosofía y Letras y catedrático titular de estética de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Tiene publicados diversos estudios que lo acreditan, internacionalmente, como uno de los teóricos marxistas más inquietantes; de entre ellos, “Marxismo y existencialismo”, “Las ideas estéticas en los *Manuscritos económico-filosóficos de Marx*” y

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, *Las ideas estéticas de Marx*. México, Era, 1965.

“La filosofía de Rousseau y su influencia en México”. Pero, con todo, es *Filosofía de la praxis* (Grijalbo, 1967) su obra fundamental.

En este trabajo nos vamos a referir únicamente a algunas de las cuestiones debatidas en *Las ideas estéticas de Marx*.

Plan general del libro

Sabido es que ni Marx ni Engels llegaron a construir una estética, pero sabido es, también, que los problemas de la literatura y el arte no les fueron ajenos. Existe una profusión de escritos en los que se resume el pensamiento de los creadores del marxismo en torno a tales empeños. A partir de dichos escritos, Adolfo Sánchez Vázquez asume la tarea, en la primera parte, de trazar los lineamientos básicos que deben informar cualquier estética marxista, y, en la segunda, de caracterizar desde dichos lineamientos el destino del arte bajo el capitalismo.

Son muchos los temas y subtemas que comprende el libro. Sólo una enumeración de los mismos nos llevaría demasiado lejos. Anotamos no obstante, de entre los que consideramos fundamentales, los siguientes: marxismo, humanismo y arte; el arte como ideología; el arte como forma de conocimiento; precisiones sobre el realismo; el arte como creación; estética y praxis; las relaciones del hombre con la realidad; el arte y el trabajo; condicionamiento social y autonomía artística; arte y sociedad; la hostilidad de la producción capitalista al arte; producción material y artística; la libertad de creación y la producción capitalista; producción y consumo (creación y goce), etcétera.

Ante la imposibilidad manifiesta de poder tratar dentro de los límites de este artículo, no ya todos los puntos contenidos en el libro, sino siquiera los aquí enunciados, procedemos a una obligada acotación. Únicamente vamos a examinar aquellas cuestiones esenciales que han sido principalmente desvirtuadas por parte de los simplificadores de turno, provocando la confusión sobre el verdadero significado y alcance de las ideas estéticas marxistas.

Teoría del reflejo

La correcta formulación de las relaciones entre arte y realidad es, según Lukács, la cuestión central de toda estética. Desde Aristóteles a Hegel el análisis de tales relaciones ha constituido la piedra de toque de los más grandes estetas. ¿Qué es la realidad y cómo se relaciona el arte con ella? Para el materialismo dialéctico, en contraposición al "subjetivismo" de Kant y al "idealismo" de Hegel, existe una realidad objetiva independiente de la conciencia del sujeto, y es la apropiación de esa realidad, concebida como unidad dialéctica del fenómeno y la esencia, a la que tiende el arte. Tal apropiación no se produce a la manera de una simple imitación, la cual se correspondería con la actitud pasiva del sujeto; se produce, por el contrario, a través de la reproducción que encuentra su fundamento en la actividad del hombre, es decir, en la praxis. Mantiene, pues, el marxismo una teoría de la "reproducción dialéctica" frente a la de la simple "imitación", y ello por cuanto entiende que el arte no está "ya" formado en la naturaleza, sino que es al artista a quien corresponde formarlo mediante la transformación de esa naturaleza.

Se comprenderá, en consecuencia, la complejidad de las relaciones entre arte y realidad, y la imposibilidad, por tanto, de establecer de un modo directo e inmediato, como relaciones de causa a efecto, tales vínculos. Todas las simplificaciones, esquematizaciones y vulgarizaciones han hecho en este terreno mucho mal al marxismo. Aun considerando que el arte es una de las formas de la conciencia social que encuentra su explicación última en la existencia social, hay que tener siempre presente que a tal explicación sólo se llega a través de un intrincado y laberíntico camino jalonado por múltiples y muy problemáticas mediaciones. Entre la base y la sobreestructura se producen multitud de acciones e interacciones difíciles de interpretar y descubrir.

Distingue Sánchez Vázquez entre las diferentes relaciones del hombre con la realidad, manifestando, desde el primer momento, que no son inmediatas, como en el caso del animal, y que, según sea tal relación —práctica, teórica, estética, etcétera—, cambia la actitud del sujeto. El escritor, el artista —indica Sánchez Vázquez—, se expresa a sí mismo y expresa al tiempo su contorno. Y el contorno a través

de las mediaciones de su visión. Porque la obra de arte nace en una determinada época condicionada —se quiera o no— por las características de esa época, a través de las mediaciones que le impone el artista. De aquí, claro es, que para entender esa obra haya que entender previamente las demás estructuras.

Al igual que Kosik, afirma además que una obra de arte expresa la realidad, pero crea también la realidad. Y ello por cuanto la operación del artista consiste en la creación de una nueva realidad (artística) más humana (totalizadora), nunca en la copia o representación de la existente.

Arte como ideología (y como sociología)

Otro de los tópicos que importa romper, y que aborda el libro, es el que identifica totalmente al arte con la ideología y con la sociología. No es que el marxismo niegue, ni mucho menos, el carácter ideológico del arte. Por el contrario, mantiene que el arte está necesariamente a favor o en contra de la base de que nace, que, en último término, consciente o inconscientemente, no puede evitar ponerse al servicio de los intereses de una determinada clase.

No obstante, sin negar para el arte su carácter ideológico, Sánchez Vázquez alude al fracaso del ideologismo y al valor cognoscitivo de la actividad estética. Frente al ideologismo opone el conocimiento, frente a la visión del mundo —ideología—, la revelación de la realidad —cognoscibilidad. Se compromete entonces el arte con la verdad, con el conocimiento de la verdad, no con la ideología, y, en esta dirección, los creadores del marxismo dejaron escritas páginas inequívocas.

Del mismo modo, por lo que a la sociología respecta, el marxismo no niega las innegables relaciones del arte con la sociedad. Aunque la creación artística sea un fenómeno individual, el individuo no existe en toda su pureza —precisa Sánchez Vázquez—, porque es el resultado de toda una serie de tensiones y oposiciones que le determinan. El hombre es social, porque entra en relación con la naturaleza y consigo mismo a través de otros hombres. La creación —el trabajo— es una manifestación social, como lo es toda relación entre sujeto y objeto.

Pero como en el caso de la ideología, el arte es algo más que simple condicionamiento social, y es por esta razón por la que consigue sobrevivir y sobrepasar a las épocas en que se produce, a sus propios condicionamientos.

Tenemos, en consecuencia, que el arte “es y no es” ideología y “es y no es” sociología. Simplemente, por cuanto la ideología y la sociología se integran en una realidad distinta y autónoma: la artística.

Arte como conocimiento

El marxismo confiere al arte una relativa autonomía. No está éste sometido, pues, ni a los dictados de la ideología ni a los de la sociología; tampoco, claro es, a los del esteticismo. Tiene el arte, en efecto, una historia relativamente autónoma, aunque para su explicación convincente y total haya que relacionarlo con la base económica. En este camino, Sánchez Vázquez rechaza por igual el “utilitarismo” que el “dandysmo”, el “instrumentalismo” que “el arte por el arte”. Los objetos artísticos son “inútiles en un aspecto, pero útiles en otro”. Inútiles desde un punto de vista práctico-utilitario; útiles en cuanto satisfacen una necesidad humana de tipo espiritual.

En los debates entre autonomía y servidumbre es el materialismo dialéctico el que resuelve el dilema estableciendo la verdadera especificidad del arte. Los ilustrados creían que lo estético venía a ser una etapa previa, más primitiva, del conocimiento científico y filosófico de la verdad. Afirmaba Kant que el arte es total y absolutamente independiente. Hegel establecía ya cierta relación dialéctica entre ambas posiciones, a pesar de que, tal vez influido por el pensamiento ilustrado, identificaba el gran arte con las épocas pasadas, negando, por ejemplo, la viabilidad de la tragedia en su época. Ha sido el marxismo el que, al conferir cierta relativa autonomía al arte, lo sitúa en su justo y exacto lugar.

Aun cuando participe de la ideología y de la sociología —por sus relaciones con la base— y de las exigencias de la forma —por su necesidad de instrumentos que le den vida— el arte es, sobre todo y por encima de todo, una manera de conocimiento. Pero de un conocimiento artístico, no científico ni filosófico. En el conocimiento cien-

tífico o filosófico el hombre se ausenta en razón de que pretende alcanzar de un modo desapasionado y aséptico la objetividad del objeto, mientras que en el artístico es precisamente a través de la visión del hombre, de sus sentimientos y aspiraciones, como se alcanza.

Sánchez Vázquez analiza todas estas cuestiones en su oceánica complejidad. Afirma que para un marxista el problema “no se reduce [...] a señalar el camino para extraer la ideología que subyace en una obra artística [ni] a establecer un signo de igualdad entre su valor estético y su contenido ideológico”. “Tampoco se trata —añade— de reducir el arte a su condicionamiento social”. Y todo ello porque la estética marxista quedaría reducida a una especie de sociología del arte, contra la que nos puso en guardia el propio Marx, en razón de que el valor supremo del arte no es otro que el del conocimiento y revelación de la realidad.

Precisiones sobre el realismo

Dice Sánchez Vázquez que la estética marxista no puede, sin entrar en contradicción con el desenvolvimiento histórico del arte, reducirse a una estética del realismo. Frente a la posición de Lukács que trata de identificar arte y realismo, opone Sánchez Vázquez una estética más abierta y comprensiva, sin que con ello llegue en ningún caso a aceptar ese “realismo sin riberas”, preconizado por Garaudy, que se presenta como una especie de pan-realismo del arte.

Sabido es que para Lukács existen dos grandes vías de la literatura, la realista y la antirrealista. La primera parte de la concepción aristotélica que considera al hombre como *zoos politikos*; la segunda descansa en la concepción ontológica de la soledad esencial del hombre, del “estado de yecto”, según la terminología de Heidegger. No hay por qué advertir que para Lukács todo arte no realista (y se hace cada vez más difícil precisar las fronteras) pertenece a la decadencia. Garaudy, por el contrario, se niega a identificar el realismo con cualquiera de las formas existentes y preestablecidas y afirma que todo arte, por el simple hecho de haber sido realizado por el hombre, es realista.

Adolfo Sánchez Vázquez adopta una tercera posición. Aun cuando no deja de reconocer la importancia de la estética lukácsiana advierte

sobre el peligro que representa en cuanto a la posibilidad de una comprensión más amplia y generosa de lo estético. Respecto al “realismo sin riberas” de Garaudy, se opone justamente por parecidas razones, toda vez que, al aplicar como realista todo el arte, la estética queda, como en el caso de Lukács, totalmente identificada con el realismo.

La cuestión es, sin duda, sumamente complicada, Sánchez Vázquez propone una definición de realismo lo bastante amplia y precisa dentro de las dificultades que encierra toda definición; escribe: “Llamamos arte realista a todo arte que, partiendo de la existencia de una realidad objetiva, construye con ella una nueva realidad que nos entrega verdades sobre la realidad del hombre concreto que vive en una sociedad dada, en unas relaciones humanas condicionadas histórica y socialmente y que, en el marco de ellas, trabaja, lucha, sufre, goza o sueña”. Tal definición presenta la realidad en tres frentes o niveles: a) realidad exterior representada, con la que b) se crea una nueva realidad (obra de arte), que c) refleja y expresa esencialmente la realidad humana.

Es ésta una definición con la que se eleva el techo del realismo de modo suficiente como para que quepan dentro de él obras capitales, tal la de Kafka, la cual analiza Sánchez Vázquez en un penetrante estudio incluido en el libro.

Punto final

Dejamos necesariamente sin tocar muchos, muy diversos, ricos y complejos temas. Entre otros, por ejemplo, cuantos se refieren a la segunda parte, relacionados con la hostilidad del capitalismo al arte. Advertida la imposibilidad, quede cuando menos constancia de ella, y ojalá sirvan estas fragmentadas notas a la incitación para la lectura total del libro, que no dudamos en calificar de fundamental para cuantos se ocupan y preocupan de las cuestiones de estética.